

**Julio Llamazares, *Distintas formas de mirar el agua*, Madrid, Alfaguara, 2015, 191 pp.**

En la última novela publicada por Julio Llamazares, *Distintas formas de mirar el agua* (DFMA en adelante), leemos la historia de una familia marcada por un suceso, acaecido décadas atrás, que determinaría fatídicamente el devenir futuro de la misma: la inundación de su pueblo, Ferreras, por las aguas de un pantano de nueva construcción en la década de 1960. Esta familia, como el resto de sus vecinos, tuvo entonces que abandonar forzosamente su aldea —su casa, sus campos, sus costumbres ancestrales— y empezar una vida absolutamente nueva lejos de su lugar de origen. Tal situación infundió en sus miembros una persistente sensación de desarraigo, y en adelante habrían de vivir atenazados por una profunda nostalgia. La melancólica añoranza del pueblo perdido anidó especialmente en el ánimo del padre de familia, Domingo. Éste dispuso desde un primer momento que, cuando llegara su muerte, sus descendientes arrojaran sus cenizas al embalse que había cubierto su pueblo, en un irrenunciable afán por volver hasta él de cualquier forma. En dicho trance fúnebre se encuentran, precisamente, los personajes de DFMA al inicio de la novela (viuda, hijos, yernos, nueras, nietos y sus respectivas parejas, dieciséis personas en total): al pie del pantano, portando la urna cineraria y a punto de dar cumplimiento a la última voluntad del abuelo.

La figura del patriarca, que domina esta historia de intenso tono elegíaco, va siendo caracterizada progresivamente por las palabras de sus familiares, que dan forma a una compleja semblanza de la personalidad de Domingo, recreada desde la memoria colectiva de estos parientes y reflejada de forma coral por medio de los diversos monólogos interiores suscitados en ellos por la emoción del doloroso momento. Todos coinciden en recordar al abuelo, protagonista mudo de la novela, como incansable trabajador, honesto agricultor, hombre callado y melancólico que siempre había añorado su desaparecida aldea y, más en concreto, a sus amigos y al resto de sus parientes, dispersados por todo el país tras la destrucción de Ferreras.

En cualquier caso, la historia que rememora cada uno de los personajes que concurren en esta novela es una misma: el abandono forzoso del pueblo natal de la familia protagonista, las consiguientes secuelas de desarraigo personal para cada uno de sus miembros y la muerte final del patriarca, suceso que los ha convocado, como decíamos, al pie del nefando pantano. Los hechos que rondan el pensamiento de estos dolientes hablantes son, pues, análogos, independientemente de la particular versión de la historia familiar que cada uno de estos personajes haya concebido individualmente en función de las circunstancias de su propia experiencia personal. En efecto, su percepción de la trayectoria familiar cambia según pertenezcan de forma directa o política a la familia de Domingo, o según su edad, que determina el modo de conocimiento del drama del abandono de Ferreras: vivido, décadas atrás, en primera persona en el caso de los mayores —es el caso de la viuda y sus hijos—, o bien

aprehendido de oídas, aunque casi siempre asimilado como propio, en el caso de los de menor edad —como los nietos del difunto y sus respectivas parejas.

Tal reiteración de unos mismos hechos, retomados una y otra vez a lo largo de los dieciséis monólogos brotados de los familiares del fallecido Domingo, genera toda una urdimbre de motivos argumentales relativos a la dramática historia familiar, que se repiten de forma recurrente en la mayor parte de los capítulos de la novela: sirvan de ejemplo el ingrato realojo provisional de la familia en los insalubres barracones palentinos de “la laguna”, la desorientación física de sus miembros en el nuevo paisaje de la colonia a la que fueron trasladados, o la demencia que acabaría afectando a Domingo en sus últimos años de vida. Se trata de isotopías que, al modularse en cada capítulo mediante la voz de un determinado miembro de la familia, permiten al lector percibir las diferencias inherentes al punto de vista que cada uno de estos personajes posee sobre el exilio sufrido por su clan.

Así, y fijándonos en el mencionado motivo de los barracones de realojo, observamos cómo el recuerdo que de estos tiene Virginia, la viuda de Domingo (capítulo 1), es considerablemente distinto de la percepción sobre los mismos manifestada por Teresa, su hija mayor (capítulo 2): Virginia recuerda aquellos barracones con una mirada en cierta medida tierna, por cuanto, al fin y al cabo, dichos habitáculos formaron parte del escenario inicial de una etapa más de su vida compartida con su amado Domingo —una etapa, eso sí, mucho más dura y melancólica a causa de su condición de desplazados—; para Teresa, sin embargo, la evocación de los barracones entraña una connotación fatídica que la lleva, por su parte, a compararlos con los habilitados para los judíos en los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial. De esta forma, mientras que la perspectiva mostrada por Virginia en lo tocante al motivo de los barracones incide en la dimensión personal y familiar del drama humano que provocó la evacuación de Ferreras, Vegamián y los otros cuatro pueblos leoneses, Teresa —de forma complementaria y en un capítulo diferente— pone en evidencia la infamia política en la que incurrió la administración española de los años 60 al decretar la creación del Embalse del Porma y la expulsión forzosa y mal compensada de los habitantes del lugar.

Esta red de isotopías argumentales, repetidas puntadas de un mismo hilo con el que Llamazares teje los sucesivos capítulos de *DFMA*, nos parece el elemento fundamental del entramado narrativo de esta novela, ya que es, precisamente, la multiplicación de estos elementos microtextuales —idénticos en sus respectivos asuntos pero diversos en cuanto al punto de vista— lo que permite al leonés mostrar de forma completa todas las caras del poliédrico drama sufrido por los antiguos habitantes del valle anegado por las aguas del pantano.

Los diecisiete capítulos de la novela plantean otras tantas formas distintas de enfrentarse al hecho de la destrucción de aquellos pueblos leoneses para la construcción de la presa. Simplificando mucho, asistimos, por una parte, a la melancolía que la pérdida de la tierra natal ha sembrado en el matrimonio fundador y en los hijos nacidos en el seno del mismo; oímos también una voz firmemente reivindicativa, la

de Álex, que considera un “atropello” la evacuación forzosa que tuvieron que sufrir sus abuelos; descubrimos cómo otro de los nietos, Daniel, sin llegar a disculpar a los responsables del abuso cometido con su familia, sí reconoce la necesidad de aceptar los inconvenientes del progreso, consciente de los indudables beneficios del mismo —Daniel resulta ser, además, ingeniero—; hay quien prefiere, sencillamente, mirar hacia delante y no dejarse obsesionar por el pasado, como se propone a sí mismo Jesús, otro de los nietos de Domingo, que no quiere que la historia del embalse se convierta, de ninguna manera, en un lastre para su vida futura; y también leemos, ya en el último capítulo y a modo de contrapunto exterior a la perspectiva de la familia protagonista, el comentario que provoca en un anónimo automovilista la contemplación, desde lejos, del séquito fúnebre reunido junto al embalse: los confunde con turistas que disfrutan de la belleza del paisaje, pues ignora el funesto motivo que los ha hecho llegar hasta ese lugar, equivocación extrapolable, en última instancia, al desconocimiento que la sociedad, mal informada y a menudo indiferente, tiene acerca de las consecuencias de este tipo de proyectos para los antiguos habitantes de las poblaciones inundadas.

En esta novela, Llamazares ha omitido por completo su voz como narrador, ya que las palabras que leemos en *DFMA* proceden exclusivamente del fluir de la conciencia de los familiares de Domingo, transcrito de forma directa capítulo tras capítulo. Éstos se acercan en grupo hacia el borde del pantano, y caminan sumidos cada uno en sus propios pensamientos, estimulados por la intensa emoción provocada por el inminente sepelio del abuelo: recuerdan entonces el pasado, divagan sobre sus relaciones con el resto de los miembros de la familia, y observan el hermoso y al mismo tiempo triste paisaje que aparece ante ellos. Este intencionado ocultamiento del escritor leonés a lo largo de la narración le ha permitido alcanzar, sin duda, un punto de vista completamente distanciado y objetivo, requisito especialmente necesario en esta novela cuyo asunto posee, como es bien sabido, inspiración autobiográfica: el propio Llamazares nació en Vegamián, uno de los pueblos sumergidos bajo el Embalse del Porma, por cuya construcción tuvo que abandonarlo con tan sólo dos años de edad. Llamazares ha tenido, por tanto, un gran acierto al ceder por completo la palabra a los personajes de esta novela, ya que con este eficiente procedimiento ha otorgado a su narración un más que oportuno tono de imparcialidad.

No debemos olvidar que, por más que el tema central se encuentre profundamente vinculado con las vivencias personales del propio Llamazares, la intención del autor leonés ha sido, al fin y al cabo, poner en nuestras manos una novela, una obra de ficción en todo caso. Así, aunque los indicios autobiográficos son fácilmente perceptibles en muchos pasajes de la obra, nuestro autor los ha encubierto con suma habilidad: Llamazares ha proyectado sus propias experiencias personales, que inspiran dichos pasajes, en algunas de las acciones llevadas a cabo por los personajes en el seno de la trama novelesca. Pensemos, por citar uno de estos casos, en la visita que José Antonio —uno de los hijos de Domingo— y Elena —su esposa por entonces— recuerdan haber realizado años atrás a las ruinas de Vegamián, en cierta ocasión en la que fue vaciado temporalmente el pantano que había cubierto los pueblos del valle natal de los protagonistas. Tanto José Antonio como Elena recrean detenidamente aquel

turbador recorrido, que produjo en su ánimo una fuerte impresión, relatándolo en sus respectivos capítulos (6 y 7). La precisión con la que ambos describen el desolador panorama que pudieron contemplar, así como la nitidez con la que expresan el sobrecogimiento que tal visión les causó, delatan la vinculación de estos segmentos de la narración con las emociones que, en la realidad extraliteraria, debió de experimentar el propio Llamazares cuando él mismo visitó el pueblo de su primera infancia en 1983, al enterarse casualmente de que el Embalse del Porma acababa de ser desecado para realizar labores de mantenimiento del mismo. De hecho, la apocalíptica dimensión que, a los ojos del narrador leonés, mostraban los restos de Vegamián en aquel momento —impresión referida por Llamazares en distintas entrevistas concedidas a los medios— coincide en muchos puntos con la alucinada perspectiva adoptada, a su vez, por José Antonio y Elena ante ese mismo escenario, “un paisaje del fin del mundo” en palabras de esta última (p. 91).

El escritor leonés ha aclarado en distintos foros que con *DFMA* no ha pretendido gestar una obra explícitamente reivindicativa contra proyectos como el que destruyó Vegamián, Ferreras y otras poblaciones más, sino más bien ofrecer una novela testimonial, en la que poder mostrar, *per se*, el dilatado sufrimiento de sus antiguos moradores. Nos parece evidente que Llamazares ha sabido conseguir este difícil equilibrio entre la denuncia y la objetividad narrativa, como hemos visto más arriba. Lo ha hecho, por lo demás, recuperando la lírica mirada hacia la naturaleza con la que redactó las páginas de sus primeras y tan celebradas novelas, como *Luna de lobos* o *La lluvia amarilla*, y señalando, también como en dichas obras, la importancia de los valores del campo como marco ancestral y fundamental para la vida del hombre.

Todo ello lo podrá comprobar con fruición cualquier lector en cuyas manos caiga un ejemplar de esta magnífica novela.

**Antonio Manuel Luque Laguna**